

El discurso, en ensayo sobre la ceguera: una mirada política y educacional

Lissett M. Espinel Torres, Universidad Cooperativa de Colombia,
lissett.espinel@campusucc.edu.co

Resumen: El artículo abarca el universo ideológico de José Saramago en la novela “Ensayo Sobre la Ceguera” (1998), el objetivo es identificar las posturas ideológicas del autor, convirtiendo la propuesta en un análisis que enfatiza la relación de la novela con los contextos, el ideológico y político. Metodológicamente, éste ejercicio permitió revisar la visión de Saramago que permea su obra con un contenido ideológico; la hipótesis planteada, es *“cómo Saramago en su propia lectura de la sociedad moderna, consigue reconstruir en la totalidad de su obra una historia en donde la sociedad hace uso de las prácticas culturales, como representación de un mundo en crisis”*. En ese contexto, el presente artículo busca comprender esa relación entre literatura y política en Saramago, profundizando en los contextos socioculturales en los que se desenvuelve el escritor, permitiendo comprender tanto a Saramago como un sujeto axiológico inmerso en un momento histórico, como a una obra literaria que representa los conflictos de una época signada por el fin y el comienzo de un siglo. El fundamento básico para el análisis son las categorías de Pierre Bourdieu de campo y habitus, trabajados, fundamentalmente, por el sociólogo francés en *Las reglas del arte* (2005).

Palabras clave: Democracia, Sociedad, Ceguera, Política, Educación, globalización, discurso mediático.

1. “La postmodernidad de Lyotard confunde el lenguaje de mecánica con un presunto eclipse del pensamiento crítico; ¿podría esto más bien significar el eclipse de una filosofía burguesa, incapaz de pensar el destino del hombre concreto?”

José de Sousa Saramago

José Saramago evidencia a través de su escritura una posición en relación con las circunstancias políticas, económicas y socioculturales que caracterizan su entorno como escritor, entorno por lo demás amplio en la medida que el escritor portugués, consciente de su rol como intelectual en un mundo globalizado, opina con igual ahínco sobre temas que se enmarcan en Portugal como sobre temas referidos a otros contextos socioculturales.

Saramago, entonces, es un sujeto que también destella en el terreno de la política, emitiendo opiniones que en algunos casos tienen como base sus obras literarias, pero que en otros se distancian y adquieren autonomía, ubicándose sólo en el ámbito político.

En ese contexto, el presente artículo busca comprender esa relación entre literatura y política en Saramago, profundizando en los contextos socioculturales en los que se desenvuelve el escritor, permitiendo comprender tanto a Saramago como un sujeto axiológico inmerso en un momento histórico en crisis, como a una obra literaria que representa los conflictos de una época signada por el fin y el comienzo de un siglo. El fundamento básico para el análisis son las categorías de Pierre Bourdieu de *campo* y *habitus*, trabajados, fundamentalmente, por el sociólogo francés en *Las reglas del arte* (2005).

Concepto de *Campo* y *Habitus*:

En su análisis de la *Educación sentimental* Bourdieu concluye que la novela de Gustave Flaubert, restituye la estructura del mundo social de la Francia de mediados del siglo XIX, época de las revoluciones liberales, teniendo como epicentro a la ciudad de París. Un primer aspecto que se destaca es lo que Bourdieu denomina como *efecto de creencia*, y señala que un escritor al ficcionalizar una época, representa situaciones y personajes que son reveladores, es decir, que dicen más que lo que la realidad misma pudiera reflejar en un libro científico (Bourdieu, 1869:63).

En segundo lugar, para Bourdieu la comprensión cabal de la obra literaria exige el análisis sociológico del mundo en la que ha sido escrita, porque sólo ese análisis permite la comprensión de la fórmula generadora de la obra literaria como el trabajo del escritor que posibilita ponerla en marcha (79).

En relación con la novela de Flaubert, Bourdieu sostiene: “Reconstruir el punto de vista de Flaubert, es decir el punto del espacio social a partir del cual se formó su visión del mundo, es ofrecer la posibilidad real de situarse en los orígenes de un mundo cuyo funcionamiento se nos ha hecho tan familiar que las regularidades y las reglas que lo gobiernan se nos escapan” (79 – 80).

Desde esa perspectiva, Bourdieu acuña los conceptos de *campo* y *habitus*, desde los cuales reconstruye el espacio social de Flaubert. El concepto de *campo* se define, en términos generales, como un microcosmos social que establece reglas que determinan las relaciones que se dan al interior del mismo. De igual forma, también describe tres grandes campos (político, económico y de producción cultural), de los cuales se desprenden campos más específicos (299)¹. Según Bourdieu, los tres grandes campos conforman el *campo del poder*, que es el que instaura las reglas generales dentro del sistema social. “*El campo del poder es el espacio de las relaciones de fuerza entre agentes o instituciones que tienen en común el poseer el capital necesario para ocupar posiciones dominantes en los diferentes campos (económico y cultural en especial). Es la sede de luchas entre ostentadores de poderes (o de especie de capital) diferentes...*” (Bourdieu, 319 – 320).

Ahora bien, la hipótesis de Bourdieu es que existe una “*homología entre el espacio de las obras definidas en su contenido propiamente simbólico, y en particular en su forma, y el espacio de las posiciones en el campo de la producción (308)*”. En cuanto al concepto de *habitus*, indica Bourdieu que es el “*conocimiento adquirido y un haber que puede, en determinados casos, funcionar como un capital (268)*”².

El análisis a partir de la teoría del campo, implica tres operaciones muy bien definidas: la primera, el análisis del campo literario en el cual se encuentra inmerso el escritor en relación con el campo del poder; la segunda, el análisis de la estructura interna del campo literario, toda vez que éste posee sus propias reglas o leyes que lo regulan; el tercero, el análisis de la génesis de los *habitus* de José Saramago, que son producto de una trayectoria social y de una posición dentro del campo literario (Bourdieu, 318), posición que debe entenderse como una constante lucha de independencia respecto a las leyes que regulan el campo (autonomía) o de sometimiento a esas mismas leyes (heteronimia).

“Así, la jerarquización de los factores explicativos exige invertir el proceso que suelen adoptar los analistas: hay que plantearse no cómo tal escritor llegó a ser lo que fue – corriendo el peligro de caer en la trampa de la ilusión retrospectiva de una coherencia reconstruida – sino cómo, dada su procedencia social y las propiedades socialmente constituidas de las que era tributario, pudo ocupar o, en algunos casos, producir las posiciones ya creadas o por

¹ En el caso del campo de la producción cultural se desprenderían, por ejemplo, subcampos como música, pintura, poesía, lingüística, entre otros.

² El concepto de *habitus* es una noción a través de la cual Bourdieu expresa su rechazo a otros conceptos propios de las ciencias sociales, acuñados por los estructuralistas: conciencia – inconciencia o finalismo – mecanismo. Al respecto, el sociólogo afirma: “*Al retomar la noción aristotélica de hexis, convertida por la tradición escolástica en habitus, yo pretendía reaccionar contra el estructuralismo y su insólita filosofía de la acción, que, implícita en la noción levi-straussiana de inconsciente y manifiestamente declarada en los althusseranos, hacía desaparecer al agente reduciéndolo al papel de soporte o portador (Träger) de la estructura (267).*”

crear que un estado determinado del campo literario ofrecía (etc.) y dar así una expresión más o menos completa y coherente de las tomas de posición que estaban inscritas en estado potencial en esas posiciones...” (Bourdieu, 319).

Teniendo como referencia conceptual la teoría de *Campo* desarrollada por Pierre Bourdieu, intentamos comprender la génesis social que envuelve a José Saramago ubicándolo en el campo político y de producción.

Saramago y el escenario político:

Como sujeto axiológico, Saramago es ante todo una figura política, cuyas posiciones son categóricas frente a los sucesos de la sociedad moderna y a los cambios producidos por un sistema capitalista que enclava sus raíces en una cultura que niega su propio pasado y del cual no se permite tener memoria.

Una característica que define a José Saramago es que es un sujeto político, al margen de la actividad productiva a la que se dedica. Como mecánico cerrajero, pasando por administrador del Seguro Social, hasta su condición de escritor e intelectual, su posición propugna por la concienciación del ser humano como un sujeto que debe participar y comprometerse con el momento histórico que por suerte le ha tocado vivir. El escritor no duda en definirse como sujeto político comprometido: “*Yo creo que sí, yo soy una figura política como a mí me gustaría que fuera el colombiano que está pasando allí. Es decir, entrar a la política directa yo no lo haría. En Santo Domingo, después de la presentación del libro hubo bastantes preguntas y una persona me preguntó: ¿a usted le gustaría ser presidente de este país? Y yo le contesté no porque tendría que callar*” (Henao Restrepo, 38).

Desde la perspectiva anterior, Saramago establece una relación con el campo de poder directa y autónoma, producto de una niñez y primera juventud vinculada con el agro y la condición marginal de una población desposeída. Años más tarde, cuando se dedicó al oficio de mecánico cerrajero (es decir, desde una condición de obrero) se atrincheró en el partido comunista para disenter de la dictadura Salazarista y de un modelo económico sustentado en el feudalismo. Sobre el particular, en el discurso de entrega del premio Nobel, el escritor recordó:

“Vinieron después los hombres y las mujeres del Alentejo, aquella misma hermandad de condenados de la tierra a que pertenecieron mi abuelo Jerónimo y mi abuela Josefa, campesinos rudos obligados a alquilar la fuerza de los brazos a cambio de un salario y de condiciones de trabajo que sólo merecerían el nombre de infames. Cobrando por menos que nada una vida a la que los seres cultos y civilizados que nos preciamos de ser llamamos, según las ocasiones, preciosa, sagrada y sublime. Gente popular que conocí, engañada por una Iglesia tan cómplice como beneficiaria del poder del Estado y de los terratenientes latifundistas, gente permanentemente vigilada

por la policía, gente, cuántas y cuántas veces, víctima inocente de las arbitrariedades de una justicia falsa. Tres generaciones de una familia de campesinos, los Mau-Tempo, desde el comienzo del siglo hasta la Revolución de Abril de 1974 que derrumbó la dictadura, pasan por esa novela a la que di el título de "Alzado del suelo" y fue con tales hombres y mujeres del suelo levantados, personas reales primero, figuras de ficción después, con las que aprendí a ser paciente, a confiar y a entregarme al tiempo, a ese tiempo que simultáneamente nos va construyendo y destruyendo para de nuevo construirnos y otra vez destruirnos. No tengo la seguridad de haber asimilado de manera satisfactoria aquello que la dureza de las experiencias tornó virtud en esas mujeres y en esos hombres: una actitud naturalmente estoica ante la vida" (Saramago: 1998, Discurso premio Nobel: 3).

Con la caída de Antonio de Oliveira Salazar, la autonomía de Saramago frente al campo de poder se manifiesta y encara las paradojas y contradicciones que encierra el sistema capitalista como modelo económico, la globalización como esquema sociocultural imperante y la democracia como sistema político ideal. En cada uno de estos escenarios, Saramago reivindica su condición como sujeto político que no guarda silencio.

Comencemos por analizar el último escenario: la democracia como el punto culminante de la sociedad contemporánea. Para alguien que prácticamente nació, creció y envejeció bajo un régimen dictatorial (Saramago nace en 1922 y la dictadura arranca en 1926 y se extiende hasta 1974), la realidad socioeconómica y sociopolítica se constituyen en referentes obligados que signan la axiología de un escritor convencido del socialismo como sistema social, sin negar las falencias, fisuras, vacíos, descalabros y contradicciones de los gobiernos socialistas. A pesar de ello, Saramago reivindica el axioma social de Federico Engels, consignado en *La sagrada familia*, según el cual "*el hombre es formado por las circunstancias, entonces es necesario formar las circunstancias humanamente*" (Citado por Henao, 38).

Por lo mismo, la democracia representa para el escritor portugués una falacia que – vinculada con la dinámica del capitalismo, la desmesura del consumo, la relación dominantes (patrono) y dominados (obrero), la cultura entendida como una producción en serie, entre otros aspectos –, produce una sociedad y un sujeto pasivo, cuyo letargo resta su capacidad para entender las circunstancias que envuelven los contextos socioculturales, así como su papel como sujeto político que tiene la responsabilidad de intervenir en la construcción de su propio devenir. Por ello Saramago indica que:

"Creo que una de las cosas fundamentales que hemos perdido es la capacidad de indignarnos, y creo que deberíamos indignarnos, porque no faltan en el mundo motivos para indignarnos. En el tiempo del fascismo la gente sufrió persecuciones, cárcel, tortura por luchar por el inicio de algo nuevo: la libertad, la democracia. Lo que es sorprendente es que precisamente en el tiempo de la democracia la

gente se manifieste menos. Cuando todos podemos hacer la crítica y el debate es cuando no se hace. Yo creo que nos equivocamos y pensamos que la democracia es un punto de llegada, pero no es el punto de llegada, es el punto de partida. A partir del momento en que abrimos esa puerta y pasamos es cuando empieza el camino que tenemos que andar. No se puede decir: 'ya estoy en la democracia' ¡No estamos! Estamos en el primer paso, y si trabajamos, si luchamos y cumplimos con nuestra obligación ciudadana, entonces sí, la democracia se desarrollará, se consolidará. Si no nos quedamos con la sombra de la democracia. Podemos tener todas las instituciones y partidos funcionando con una normas establecidas, pero por detrás se estará produciendo un vaciamiento de la democracia". (Elkarri, 2).

En relación con la globalización y el modelo económico neoliberal, Saramago está convencido que ambos fenómenos llevaron a la deshumanización de la condición humana, poniéndola, incluso, ad portas de su propia desaparición como raza. En tal sentido, Saramago percibe el fin de una época en la que priman los valores personales y el interés privado, reconociendo que:

"...somos todavía descendientes del siglo XVIII, del espíritu de la enciclopedia, del humanismo, de la ilustración... y eso se está acabando. Entramos en un tiempo en el que lo que denomina es la tecnología, y no siempre al servicio de la humanidad, a veces contra ella... Lo que está cambiando es sobre todo la mentalidad, la forma de vivir que teníamos hasta ahora, que por otra parte tampoco era pacífica, ni buena para todos, pero ésa era la que teníamos y ahora vamos a tener otra. La pregunta de qué es lo que puede venir, eso no tiene respuesta. Por lo tanto, lo que yo pienso es que deberíamos de mantener lo que de bueno tenemos hasta ahora para darle una vida más larga... Se priman valores como el interés personal, el lucro, que siempre ha existido – es normal que las cosas tengan una función utilitaria porque la gente tiene que vivir, todos compran y todos venden, eso es normal – pero ahora llegamos a un momento en que el comprar y el vender se ha convertido en una especie de razón, de motivo de vivir" (Elkarri, 1).

Ahora bien, aceptando la premisa planteada por el propio Saramago respecto a que en sus novelas el género se diluye con el ensayo, hay un aspecto que resulta llamativo en relación con *El ensayo sobre la Ceguera*: en la novela hay una profunda reflexión en torno a aquellos fenómenos e instituciones que precisamente reafirman el distanciamiento de Saramago en relación con el campo de poder, lo que resulta muy interesante, teniendo en cuenta que el análisis en la teoría del campo se hace a partir de los habitus que envuelven al escritor.

Si bien es cierto que en el análisis textual de la representación literaria se pueden reafirmar las posiciones que asume el escritor como un sujeto

axiológico, en el caso de Saramago hay una intencionalidad manifiesta para que en la misma ficción se reconozca su posición frente a la religión, los medios masivos de comunicación, las instituciones del Estado, etc.

Lo anterior no sólo se evidencia en el reconocimiento de que su novela es un ensayo, sino también en la decisión que toma Saramago para que su voz sea la misma que la voz del narrador. Mientras en el análisis de *La educación sentimental* Bourdieu determina la distancia entre Flaubert y Frédéric, es decir, entre autor y personaje, en *El ensayo sobre la Ceguera*, la voz del autor y la voz del personaje es la misma, pues no buscan distanciarse. Desde esa perspectiva, podemos referir entrevistas y pasajes de la novela para ejemplificar elementos que definen la autonomía de Saramago respecto a ese campo de poder. A continuación la voz del autor en entrevista con Henao.

“Desde mi punto de vista la novela es un lugar a donde todo puede confluír: la filosofía, el drama, la poesía e incluso la ciencia. Es decir, la novela como suma. Eso me ha llevado, en mi caso particular, a contar unas cuantas cosas fuera de tono, como es por ejemplo negar la existencia del narrador y decir que es un personaje más y mucho más... Para mí es mucho más importante reivindicar para el autor el derecho a participar en lo narrado, es decir que no sea solo un narrador que de alguna forma está encargado en narrar y permitir al autor quedarse fuera. Me parece que es una acrobacia un poco complicada. Es posible que el autor esté al mismo tiempo dentro y fuera... La novela para mí, en el fondo, es como un ensayo. Yo a veces digo que a lo mejor ni siquiera soy novelista, yo soy un ensayista que no sabe escribir ensayos, escribo novelas... la intervención del autor es tan clara que el lector se da cuenta de que está diciendo lo que quiere en ese momento y a mí me parece que se ha introducido al libro una reflexión. Ya me encargaré de encontrar la forma de atarla a la ficción. Yo quiero que se perciba que yo estoy ahí. Yo quiero ir mucho más allá; y a veces digo al contrario de lo que se cree, el lector no lee para leer, él trata de leer al novelista”. (Saramago: Henao, 37 – 38).

Para Saramago, por ejemplo, el sistema que regula a la humanidad a comienzos y finales de siglo es débil, irracional, frágil y ciego. Esa ceguera es la que está llevando a que el hombre como especie esté en riesgo, pues elementos como la dignidad, los derechos humanos y en general la condición humana se pierdan.

“Golpean impacientemente los cristales cerrados. El hombre que está dentro vuelve hacia ellos la cabeza, hacia un lado, hacia el otro, se ve que grita algo, por los movimientos de la boca se nota que repite una palabra, una no, dos, así es realmente, como sabremos cuando realmente, al fin, logré abrir una puerta, Estoy ciego. Nadie lo diría. A primera vista, los ojos del hombre parecen sanos, el iris se presenta nítido, luminoso, la esclerótica blanca, compacta como

porcelana. Los párpados muy abiertos, la piel de la cara crispada, las cejas, repentinamente revueltas, todo eso que cualquiera puede comprobar, son trastornos de la angustia. En un movimiento rápido, lo que estaba la vista desapareció tras los puños cerrados del hombre, como si aún quisiera retener en el interior del cerebro la última imagen recogida, una luz roja, redonda, en un semáforo. Estoy ciego, estoy ciego, repetía con desesperación mientras le ayudaban a salir del coche, y las lágrimas, al brotar, tornaron más brillantes los ojos que él decía que estaban muertos. Eso se pasa, ya verá, eso se pasa en seguida, a veces son nervios, dijo una mujer...” (Saramago, Ensayo sobre la Ceguera: 10 – 11).

Todo es producto de un gran caos de la mente humana que se manifiesta en la esfera social. En la obra, por ejemplo, ese caos y/o crisis se manifiesta en las primeras páginas; cabe anotar que parte del intento del presente artículo, es demostrar cómo a partir de metáforas literarias Saramago consigue construir la realidad social moderna en la que el mundo se encuentra inmersa y que cuando la sociedad acepte la ceguera como condición sine qua non de la crisis mundial, esta podrá reinventarse en una sociedad con un discurso diferente, por ejemplo de equidad. Cuando la ceguera sorprende, al que Saramago denominara como, al “*primer ciego*”, lo que de pronto algunas consideran ciencia ficción, para otros puede llegar a hacer parte de la realidad:

“...El semáforo había cambiado de color, algunos transeúntes curiosos se acercaban al grupo, y los conductores, allá atrás, que no sabían lo que estaba ocurriendo, protestaban contra lo que creían un accidente de tráfico vulgar, un faro roto, un guardabarros aboyado, nadie que justificara tanta confusión. Llamen a la policía, gritaban, saquen eso de ahí. El ciego imploraba, Por favor, que alguien me lleve a casa. La mujer que había hablado de nervios opinó que debían llamar a una ambulancia, llevar a aquel pobre hombre al hospital, pero el ciego dijo que no, que no quería tanto, sólo quería que lo acompañaran hasta la puerta de la casa donde vivía, está ahí al lado, me harían un gran favor, Y el coche, preguntó una voz. Otra voz respondió, La llave está ahí, en su sitio, podemos aparcarlo en la acera. No es necesario, intervino una tercera voz, yo conduciré el coche y llevo a este señor a su casa (Saramago, Ensayo sobre la Ceguera: 10 - 11).

Para Saramago esta primera ceguera es la que contribuye a debilitar el sistema, que en principio todos acatan y perciben como efectivo y racional. La dignidad humana está en juego, pues esa supuesta racionalidad va carcomiendo la moral de un hombre que pierde su dignidad.

Considera, entonces, Saramago que se puede perder la esperanza, pero nunca la dignidad, porque perder la dignidad es perderse a sí mismo, entendiendo que dignidad es sinónimo de autoestima, de altruismo, de respeto. Esa pérdida de la dignidad es un aspecto que conduce a la apatía: “Los

tiempos han cambiado, no son mentiras, nos mantienen apáticos para que no reaccionemos” (Citado en Espinel, 6 y 7).

Esta frase, como muchas otras, encierra una profunda reflexión en la que nos invita a pensar en nuestro papel como sujetos “*activos*” en una sociedad “*democrática*”. Para el caso, la dignidad que está en juego es la que socava la moral del hombre, porque, como reconoce el autor, “*...no es tan grande la diferencia entre ayudar a un ciego para robarle luego, y cuidar a un viejo caduco y baboso con el ojo puesto en la herencia*” (Saramago: 28).

Esta ceguera irracional continúa en las instituciones que integran un Estado enmarcado en un régimen democrático. Se reitera que Saramago considera la democracia como un sistema político débil en el que se tiene que invertir la relación, pues la democracia no es un punto de llegada, sino un punto de partida donde todo está por construir. Las posiciones al respecto por parte del portugués son claras y contundentes, manifiestas tanto sobre el sistema global como sobre situaciones particulares como Cuba, el conflicto del país Vasco, el conflicto palestino – israelí o el conflicto colombiano. Sobre éste último, aprovechando su visita a Colombia entre el 9 y el 13 de julio de 2007, Saramago dejó atrás su fuero de escritor para ponerse en nuestros zapatos y sentir el dolor de nuestra tragedia.

En la presentación en la Fundación Santillana (2007), Saramago fue sereno con sus palabras, pero fuerte en el contenido, haciendo un llamado a que los colombianos deben perder la paciencia, ya que es la peor enemiga para una revolución, entendiéndose revolución como cambio. Hizo referencia a que el problema en Colombia lleva comprometiendo a tres generaciones consecutivas; como ejemplo, retomó el concepto de democracia que trabajó en el texto *Ensayo sobre la Lucidez* (2004) y lo trasladó a nuestra sociedad civil colombiana. Según el escritor se debe asumir el problema, se debe intervenir activamente, hay que perder la paciencia.

"Tenéis que parir vuestros muertos, sacarlos de esta tierra, parirlos de vuestra conciencia. Parirlos no será fácil, pero cargarlos será seguir en la pesadilla que lleva dos generaciones y ha causado 30 mil desaparecidos y más de tres mil secuestrados. Es algo monstruoso, que se ha vuelto cotidiano, donde se pierde la medida de la realidad. La solución no es militar, es una situación empantanada; hay que ir más allá del acuerdo humanitario. Es fácil decir diálogo, pero, ¿cómo se llega a él? Parecieran no estar dispuestos. Los políticos que hagan (su labor), pero lo importante es que la sociedad civil asuma su papel como parte, que los ciudadanos tomen parte activa; dejen de ser espectadores e intervengan". (Espinel, 6).

Por lo mismo, Saramago concede una gran importancia a los Derechos Humanos y a la Declaración Universal de 1948, pues "*tiene que ser la brújula*" en tiempos en que las políticas económicas reducen, según él, las garantías en salud, educación, trabajo y tierra para la mayoría de personas en el mundo.

“La prueba del progresivo deterioro del estado de espíritu general la dio el propio Gobierno, alterando dos veces, en media docena de días, su estrategia. Primero creyó que sería posible circunscribir aquel extraño mal confinando los afectados en unos cuantos espacios discriminatorios, como el manicomio en que nos encontramos. Luego, el crecimiento inexorable de los casos de ceguera llevó a algunos miembros influyentes del Gobierno, temerosos de que la iniciativa oficial no cubriera las necesidades, de lo que se derivarían graves costes políticos, a defender la idea de que debería ser cosa de las familias el guardar a sus ciegos en casa, sin dejarlos ir a la calle, a fin de no complicar el ya difícil tráfico, ni ofender la sensibilidad de las personas que aún veían con los ojos que tenían y que, indiferentes a las opiniones más o menos tranquilizadoras, creían que el mal blanco se contagiaba por contacto visual, como el mal de ojo. En efecto, no era legítimo esperar una reacción distinta de alguien que, abismado en sus pensamientos, tristes, neutros, o alegres, si aún hay de éstos, veía cómo se transformaba la expresión de una persona que caminaba en su dirección, cómo se dibujaban en su rostro las señales todas del terror absoluto, y luego el grito inevitable, Estoy ciego, estoy ciego. No había nervios que resistieran. Lo peor es que las familias, sobre todo las menos numerosas, se convirtieron rápidamente en familias completas de ciegos, sin nadie que los pudiera guiar, guardar, proteger de ellos a la comunidad de vecinos con buena vista, y estaba claro que no podían esos ciegos, por mucho padre, madre e hijo que fuesen, cuidarse entre sí, o les ocurriría lo mismo que a los ciegos de la pintura, juntos caminando, juntos cayendo y juntos muriendo” (Saramago, Ensayo sobre la Ceguera: 163 - 164).

En torno a la religión y la iglesia, Saramago se declara ateo abiertamente, sin pena, sin enrojecimiento, sin falsedades, afirmando que “*sí todos fuéramos ateos el mundo sería más pacífico*” (Espinel, Página: 6 y 7), ya que en nombre de la iglesia ha muerto mucha gente.

“No vas a creer lo que te digo, pero todas las imágenes de la iglesia tienen los ojos vendados, Qué extraño, por qué será, Cómo voy a saberlo yo, puede haber sido obra de algún desesperado de la fe cuando comprendió que iba a quedarse ciego como los otros, puede haber sido el propio sacerdote de aquí, tal vez haya pensado justamente que, dado que los ciegos no podrían ver a las imágenes, tampoco las imágenes tendrían que ver a los ciegos, Las imágenes no ven, Equivocación tuya, las imágenes ven con los ojos que las ven, sólo ahora la ceguera es para todos...” (Saramago, Ensayo sobre la Ceguera: 407 – 408)

Sobre el particular, *Ensayo sobre la Ceguera* (1998) es una crítica a este sistema, porque también lo cataloga como sistema: sistema opresor, sistema

Actas – IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social – IV CILCS – Universidad de La Laguna, diciembre 2012

que somete a la ignorancia, sistema que induce a la ceguera, afirmando que “...hablo de la religión Católica en mis textos porque esa ha sido la religión más influyente en el mundo y la principal causante de la ceguera en el ser humano” (Espinel, página: 6 y 7):

“...Tú sigues viendo, Iré viendo menos cada vez, y aunque no pierda la vista me volveré más ciega cada día porque no tendré quien me vea, Si fue el cura quien cubrió los ojos a las imágenes, Eso es sólo idea mía, Es la única posibilidad que tiene verdadero sentido, es la única que puede dar alguna grandeza a esta miseria nuestra, imagino a ese hombre entrando aquí, desde el mundo de los ciegos, al que luego tendría que regresar para quedarse ciego también, imagino las puertas cerradas,...” (Saramago, Ensayo sobre la Ceguera: 407 – 408)

La cita anterior nos deja entrever que sobre la Iglesia Saramago le atina al pensamiento de que las sociedades actuales son vulneradas en su actuar y predeterminadas por un sujeto al que no se le ve, que nos hace mover sostenidos de hilos invisibles, de los cuales nos podremos librar, el día en que se consolide la mentalidad sobre la “responsabilidad” en los Hombres.

En la novela hace un llamado a que el hombre debe otorgarse el poder de la inminente y aunque riesgosa postura de tomar las riendas y aceptar que es el causante de los problemas materiales y espirituales. Como se expresaba anteriormente, Saramago se declara ateo y lo confirma en la obra reseñada:

“...la iglesia desierta, el silencio, imagino las estatuas, las pinturas, lo veo yendo de un lado a otro, subiendo a los altares y anudando los paños sobre los ojos, dos nudos, para que no se caigan, y dando dos brochazos de pintura blanca en los cuadros para hacer más espesa la noche en que entraron, ese cura tiene que haber sido el mayor sacrílego de todos los tiempos y de todas las religiones, el más justo, el más radicalmente humano, el que vino aquí para decir al fin que Dios no merece ver” (Saramago, Ensayo sobre la Ceguera: 407 – 408).

Frente a todo ese panorama en crisis y caótico, Saramago considera que buena parte de la responsabilidad recae en los medios masivos de comunicación, entendiéndolos como una institución mediadora que tiene que superar sus propias crisis. Los medios de comunicación, de éste u de otro país, son considerados como los promotores de afluencias en cuanto a la opinión pública se refiere; no obstante Saramago se limita a controvertir dicha postura, dado que se sabe que el control surge desde el Estado, desde el sistema y no precisamente son los medios los que manipulan la información, esta ya viene tergiversada desde donde se gesta. La autoridad en este plano son las fuentes autorizadas (Ejército, Policía, Administraciones Públicas, entre otros), que son

desde donde se genera el tipo de información. En el *Ensayo sobre la Ceguera* hace la siguiente consideración:

“Un comentarista de la televisión tuvo el acierto de dar con la metáfora justa cuando comparó la epidemia, o lo que fuese, con una flecha lanzada hacia arriba, y que, tras alcanzar el punto más alto en su ascenso, se detiene un momento, como suspendida en el aire, y empieza luego a describir la obligada curva de caída, que, si Dios quiere, y con esta invocación regresaba el comentarista a la trivialidad de las expresiones humanas y a la epidemia propiamente dicha, la gravedad tratará de acelerar hasta que desaparezca la terrible pesadilla que nos atormenta, media docena de palabras estas que se repetían constantemente en los distintos medios de comunicación...” (Saramago, *Ensayo sobre la Ceguera*: 161 – 163)

Aunque su visión es negativa en torno a los medios, Saramago ha planteado que las empresas de comunicación masiva representan una institución desde la cual se puede dar la transformación social. Ello estaría en consonancia con los postulados de la teoría de la comunicación, que considera que en esa relación recíproca entre comunicación y sociedad, la primera pueda transmutar hábitos, comportamientos, representaciones e imaginarios.

“... que acababan siempre por formular el piadoso voto de que los infelices ciegos recuperen en breve la visión perdida, prometiéndoles, entretanto, la solidaridad de todo el cuerpo social organizado, tanto el oficial como el privado. En un pasado remoto, razones y metáforas semejantes eran traducidas por el impertérrito optimismo de la gente común en dicitos como éste...” (Saramago, *Ensayo sobre la Ceguera*: 161 – 163)

Saramago crítica a los medios, pero insiste en sus entrevistas, conferencias y discursos que cualquier proceso de cambio tiene que estar mediado por la comunicación. Y hace una analogía con respecto a la Democracia, se refiere a la tiranía de las minorías, y lo representa en su obra criticando al sistema desde variadas esferas (Estado, Fe, Globalización, Medios masivos de comunicación, etc.) La postura de Saramago en la obra en cuestión como en su discurso en general, es que los medios propician la crisis en cualquier país, son de alguna manera los promotores del letargo de la sociedad; los medios masivos de comunicación, se definen así mismos como parte integral del poder de los Estados y por ende cierran filas a favor de los mismos, olvidando su principal función, según el concepto otorgado por las teorías de la ciencias de la comunicación. No obstante, en la obra *Ensayo Sobre la Ceguera*, Saramago deja al descubierto la intencionalidad de los medios masivos de comunicación resaltando la actitud asumida en la obra.

Los medios de comunicación nacionales como también la mayoría de la inversión es de capital económico privado, así que la información está sometida al monopolio nacional y en otros casos al extranjero; no es particularmente el enfoque de este artículo, discutir propiamente la inversión extranjera y sobre todo el capital financiero español en Colombia; aunque sin levantar escorzo habría que revisar en otro contenido temático, la crisis actual de países como los de estados Unidos de América y España, que de alguna manera son países que han demostrado fortalezas en sus economías. Actualmente, la recolonización por parte de las empresas españolas en Colombia es abierta, se distingue por la implementación de modelos empresariales con el objetivo de la competitividad, que se ha convertido en principio de supervivencia, sin importa el costo económico ni el humano; la pregunta aquí sería ¿cómo se declara en crisis un país que explota laboralmente a los trabajadores y se llevan gran parte de los recursos económicos? ¿No será que aquellos monopolios o multinacionales españolas están aplicando el mismo modelo, declarándose en quiebra, para acaparar las finanzas y sacar provecho de la recesión económica en el mundo y crecer descomunemente?

Volviendo un poco, al tema del discurso mediático es competencia señalar que hay poco o nada de análisis del mismo en Colombia, la academia no le apuesta a este tipo de investigaciones, menos si develan una forma diferente a lo que está permitido en la Nación, se puede de manera disimulada recurrir a análisis de este tipo para que medianamente sea aceptado. Los medios masivos de comunicación, son reacios al análisis; en Colombia y no es desconocido para el mundo, que la crisis radica en el sistema político y la imperante violencia en el campo, la pobreza, y el tratamiento del sistema de salud como negocio y no sobra aclarar que la educación, que debería jugar un papel predominante, particularmente cumple con el objetivo de servir a las políticas dirigidas por Banco Interamericano de Desarrollo.

Dado lo anterior, es clave resaltar la intervención Norte Americana en asuntos de índole privado, un ejemplo claro es el Plan Colombia y casi la totalidad del congreso entregado a las políticas encomendadas por el Norte, dicha realidad, debe ser conocida internacionalmente gracias a textos literarios como *Cien años de Soledad* de nuestro conocido escritor Gabriel García Márquez.

El eje fundamental de la democracia se difunde a través de los medios masivos de comunicación, informando desde una sola perspectiva; no hay consideración frente a la tragedia del pueblo. Colombia y su aparato estatal de derecha, durante un siglo, ha hecho del país una historia mal contada. La voz de los medios, literalmente, no es la voz del pueblo, no refleja la realidad, la disfraza con reinados de belleza o torneos interminables de partidos de fútbol, el dominio del discurso mediático está legitimado desde el Estado y pasa por la aprobación de la población influenciada por años y años de interminables discursos de entretenimiento.

Sin embargo, y volviendo al análisis de Saramago, éste analiza las diferentes clases de democracia que se crean a través de sustratos, por debajo de los complejos y aunque pequeños sistemas que elaboran diferentes posturas de comportamiento dentro de la sociedad, eso es lo que la ciencia moderna

denomina clases de éticas, nosotros la llamaríamos éticas degradadas de acuerdo a la moral y a la ética que practican los grupos sociales inscritos en la modernidad. Y en cuanto al concepto general de la Democracia, ya se ha señalado que Saramago ni cree ni confía en él.

“...No hay bien que siempre dure, ni mal que no se ature, o, en versión literaria, Del mismo modo que no hay bien que dure siempre, tampoco hay mal que siempre dure, máximas supremas de quien tuvo tiempo para aprender con los golpes de la vida y de la fortuna, y que, trasladadas a tierra de ciegos, deberían leerse como sigue, Ayer veíamos, hoy no vemos, mañana veremos, con una ligera entonación interrogativa en el tercio final de la frase, como si la prudencia, en el último instante, hubiera decidido, por si acaso, añadir la reticencia de una duda a la esperanzadora conclusión. Desgraciadamente, pronto se demostró la inanidad de tales votos, las expectativas del Gobierno y las previsiones de la comunidad científica se las llevó el agua...” (Saramago, Ensayo sobre la Ceguera: 161 – 163)

De cualquier forma, Saramago, consciente de la representación que elabora en su texto *Ensayo sobre la Ceguera*, relaciona el concepto de ceguera con la ignorancia y argumenta enfáticamente que somos ciegos a la razón y por lo tanto somos todos enfermos mentales, nadie se salva de estar en el límite entre la cordura y la locura; en tal sentido, aclara que en el contenido de sus obras no hay construcciones metafóricas, sólo hay un espacio de reflexión en el que él, como autor, dice lo que piensa, así lo haga en forma de ensayo.

“...La ceguera iba extendiéndose, no como una marea repentina que lo inundara todo y todo lo arrastrara, sino como una infiltración insidiosa de mil y un bulliciosos arroyuelos que, tras empapar lentamente la tierra, súbitamente la anegan por completo. Ante la alarma social, a punto de desencadenarse, las autoridades convocaron a toda prisa reuniones médicas, sobre todo de oftalmólogos y neurólogos. Visto el tiempo que se tardaría en organizarlo, no se llegó a convocar el congreso que algunos preconizaban, pero, en compensación, no faltaron coloquios, seminarios, mesas redondas, abiertas unas al público, otras a puerta cerrada...” (Saramago, Ensayo sobre la Ceguera: 161 – 163)

José Saramago plasma a través de su escritura una posición en relación con las circunstancias políticas, económicas y socioculturales que caracterizan su entorno como escritor, entorno, por lo demás, amplio en la medida que el escritor portugués, consciente de su rol como intelectual en un mundo globalizado, opina con igual ahínco sobre temas que se enmarcan en Portugal, como sobre temas referidos a otros contexto socioculturales.

“...El efecto conjugado de la patente inutilidad de los debates y los casos de algunas cegueras repentinas, sobrevenidas en medio de las sesiones, con el orador gritando, Estoy ciego, estoy ciego, llevaron a los periódicos, la radio y la televisión a dejar de ocuparse casi por completo de tales iniciativas, exceptuando el discreto y a todas luces loable comportamiento de ciertos medios de comunicación social que, viviendo a costa de sensacionalismos de todo tipo, de las gracias y desgracias ajenas, no estaban dispuestos a perder ninguna ocasión que se presentara de relatar en directo, con el dramatismo que la situación justificaba, la ceguera súbita, por ejemplo, de un catedrático de oftalmología” (Saramago, Ensayo sobre la Ceguera: 161 – 163).

Saramago, entonces, es un sujeto que también destella en el terreno de la política, emitiendo opiniones que en algunos casos tienen como base sus obras literarias, pero que en otros se distancian y adquieren autonomía, ubicándose sólo en el ámbito político.

“Vamos a imaginar que en el futuro todo pasa por lo que llamamos audiovisual, que la lectura pierde importancia, será otra forma de comunicarse con la literatura y el arte en general. De todas formas y a pesar de todo, siempre existirá alguien que escriba, y seguramente siempre encontrará alguien para leer. Y la función del intelectual será más o menos la de ahora. Además hay que decir que el intelectual es un trabajador que trabaja con la mente. A mí me parece que hacer la diferencia entre el que es intelectual y el que no lo es, es una falacia, porque hagamos lo que hagamos sólo lo podemos hacer con la mente, con el intelecto” (Elkarri, 1).

Como sujeto público, José Saramago no oculta que su literatura es una profunda abstracción frente a los conflictos y contradicciones que vive el hombre frente a las dinámicas de globalización cultural, neoliberalismo económico y el imperio de la democracia como forma de gobierno.

Su literatura, entonces, es una constante deliberación que trasciende los bordes literarios y penetra en los políticos. Saramago busca que los lectores reconozcan en sus novelas a un hombre que tiene la intención de generar a través de las letras y de sus historias una actitud pensativa frente a las múltiples realidades que dominan la época actual.

“...los intelectuales no están en su sitio como especies de guías de la humanidad. Ellos son humanos, personas con todas las contradicciones del mundo que viven en un momento determinado en una sociedad determinada. Claro que tienen una responsabilidad mucho mayor que la gente en general, pero hay que tener en cuenta algo que en mi opinión se olvida. Una sociedad que no se compromete no puede generar en ella misma escritores

comprometidos, porque entonces llegaríamos a una conclusión un poco absurda. Tenemos una sociedad determinada, inerte, apática e indiferente, preocupada solo en ganarse la vida lo mejor que puede y a veces sin mirar en medios. ¿Y de esta sociedad van a salir intelectuales para decir que el camino que sigue está equivocado? A veces ocurre, pero lo que no podemos es sorprendernos que los intelectuales no se manifiesten, o no salgan a la calle, o no digan lo que piensan, o no nos orienten. ¿Cómo va a ocurrir eso si la propia sociedad de donde salen los intelectuales es apática e indiferente?” (Dezzotti, 4).

En esa relación con el campo de poder, se identifica en Saramago la voz de un pensador independiente y autónomo, que, sin embargo, es consciente que ni él u otro intelectual puede constituirse en guía de nadie:

Saramago y el campo literario

Pasemos ahora a valorar la posición de Saramago dentro del campo literario, teniendo como referencia las letras portuguesas. A pesar de su larga trayectoria como escritor, Saramago se constituye en hombre público, a partir de su obra *Ensayo sobre la Ceguera*, con la cual recibe el premio Nobel de literatura en 1998. Saramago se caracteriza por ser un escritor autónomo, en el que se determina que toda creación literaria nunca está exenta de la particular subjetividad del autor.

En el texto Julio Ramos, argumenta la construcción del concepto de nacionalismo y la modernidad del siglo XIX, y en el prólogo recuerda el acercamiento que hace José Martí sobre espacio político, como a bien acotábamos anteriormente este trabajo: *“la literatura moderna se constituye y prolifera, paradójicamente, anunciando su muerte y denunciando la crisis de la modernidad”* (Ramos: 10). La anterior idea es muy discutida en la actualidad, dado que hace referencia a la polémica establecida de cómo el cambio de dirección de la literatura dio origen al estilo crítico, analítico y nada secular de las formas literarias que hoy se conocen, y en el que obviamente situamos a José de Sousa como eje integral.

Para demostrarlo es necesario identificar los criterios del autor frente al interior del campo literario y a las leyes que lo regulan. Es claro que Saramago se debate en una constante lucha por la independencia y discrepa de su entorno en forma reflexiva, producto de su trayectoria como lector antes que como escritor:

“Yo diría que en este siglo hay cuatro escritores que expresan o definen, por su obra el espíritu del siglo, no tanto los hechos o lo que ocurrió, sino ese algo que ya podemos identificar como el espíritu del siglo XX. Ellos son Kafka, Camus, Borges y Pessoa. Yo pienso que Kafka es la expresión literaria más alta, y no solo literaria, de este siglo. En lo que se refiere a Camus encontré algo en él que me

interesa muchísimo y es su postura ética; Borges que inventó la literatura virtual y Pessoa que tiene la conciencia nítida y casi angustiada de la pluralidad de cada uno de nosotros. Esas son cuatro referencias fuertes en mí que de una forma u otra aparecen en lo que yo hago” (Saramago: Peña, 34).

A pesar de su influencia literaria, como bien tiene él en afirmar, es seguro que se sienta atraído más por las posturas ideológicas de los escritores que por su propia influencia meramente literaria; por lo mismo, Saramago critica fuertemente a aquellos escritores sumidos en el éxito que representa la industria literaria.

“...algunos escritores encuentran en la gloria y el reconocimiento una buena razón para acomodarse. El éxito los vuelve acrílicos, y el peso de su leyenda literaria acaba gravitando sobre su compromiso, su independencia y su libertad. No es el caso del portugués José Saramago, premio Nobel 1998 y quizá el escritor más pesimista y más insobornable del mundo. O quizá habría que quitar el “quizá”. Pese a los oropeles del triunfo y la unánime aclamación de público y crítica, Saramago no abandona su radical desesperanza: “la peor percepción del mundo que pueda tener cada uno de ustedes, siempre será mejor que la mía”, suele afirmar en sus apariciones públicas con una mezcla de abatimiento, lucidez y escepticismo. ¿Crítico? Saramago no es negativo ni crítico ni subversivo; está más allá de esa clase de ingenuas frivolidades. Saramago es un pesimista cósmico, un apocalíptico. Ve por todas partes síntomas del ocaso de una civilización. Siente y escribe el fin del mundo.” (El Espectador, 2000 página 1F).

Desde esa perspectiva, se comprueba la hipótesis inicialmente planteada a través de este estudio, Saramago en su propia lectura de la sociedad moderna, consigue reconstruir en la totalidad de su obra una historia en donde la sociedad hace uso de las prácticas culturales, como representación de un mundo en crisis”, esa puja constante por la independencia y la autonomía lo constituyen en un trasgresor, comenzando por el mismo proceso escritural. Saramago escribe para comprender el mundo en que vive, declarándose como un autor que no tiene ni idea de cómo hacerlo, guiándose intuitivamente por la jerarquías musicales; destaca, además, que “el discurso debe sonar como una melodía, y si la novela no se oye no avanza; debo sentir las ondas, para poder escribir, el lector debe oír esas notas” (Espinel, página 6-7).

Por lo mismo, la palabra en Saramago es lo peor o lo mejor que tenemos, dependiendo de cómo la manejemos. En el encuentro El Elogio de la Lectura (Bogotá, julio 10 de 2007), el escritor opinó que “las palabras no son nuestras, no significa que podamos disponer de ellas, sólo la podemos usar para dar sentido”.

Ahora bien, la obra de José de Sousa Saramago se inscribe o matricula dentro de esas corrientes literarias que están en consonancia y son consecuentes con los movimientos sociales. Esa corriente en el espectro literario iberoamericano se inaugura con Martí cuando concibe que literatura moderna se constituya en resistencia a los flujos de la modernización. (Ramos: 10).

Considera Martí en el prólogo al Poeta del Niágara del poeta Venezolano Juan Antonio Pérez, que los letrados iluministas concebían la escritura como una máquina que pretendía transformar el “caos” de la “bárbara” naturaleza en valor, “en sentido subordinado a los dispositivos de la ley”, para Martí la literatura “se define como crítica de esa zona dominante del proyecto modernizador”: “La literatura desliza su mirada hacia la turbulencia, hacia la regularidad, en contra de las “redenciones (...) teóricas y formales” privilegiadas por el sueño modernizador: “una tempestad es más bella que una locomotora”: allí donde se detiene el curso de la máquina iluminista, cobra cuerpo la nueva autoridad literaria” (Ramos: 10).

Martí explica – a partir de la división del trabajo – que la literatura moderna en el plano latinoamericano es emergencia³ “al efecto de la modernización social de la época, de la urbanización, de la incorporación de los mercados latinoamericanos a la economía mundial, y sobre todo, como consecuencia de la implementación de un nuevo régimen de especialidades, que le retiraba a los letrados la tradicional tarea de administrar los Estados y obliga a los escritores a profesionalizarse”. (Ramos, 11). Así como se afirma, en el prólogo del libro de Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina, literatura y política en el siglo XIX* (1991)⁴.

“En Europa la modernización literaria, el proceso de autonomización del arte y la profesionalización de los escritores bien podían ser procesos sociales primarios, distintivos de aquellas sociedades en el umbral del capitalismo avanzado. ¿Cuáles son, entonces, los efectos de la modernización dependiente y desigual en el campo literario? ¿O es que, a contrapelo del subdesarrollo y de la dependencia, como ha sugerido Paz, la literatura viene a hacer un espacio excepcional, donde la cultura sería capaz de proyectar una modernidad compensatoria de las desigualdades del desarrollo de las otras instituciones sociales? La autonomización del arte y la literatura en Europa, según señala Peter Burger, es corolario de la racionalización de las funciones políticas en el territorio relativamente autónomo del Estado. Es decir, la institucionalización del arte y la literatura presupone su separación de la esfera pública, que en la Europa del

³ Desde una perspectiva sociológica el término emergencia hay que entenderlo en una doble acepción: emergencia a partir de algo que está emergiendo; emergencia que produce pánico. Al respecto, ZARONE, Giuseppe. *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*. Versión española de José L. Villa cañas. Valencia: Editorial pretextos, 1993.

⁴ Es importante acotar que un mismo sentimiento se produce en las décadas de los sesenta y setenta, cuando el historiador argentino Adrián Gorelik destaca que las letras de los músicos de la época expresan el desencanto frente a unos fenómenos ligados a la modernización de las ciudades. Al respecto, GORELIK, Adrián. “Ciudad, modernidad, modernización”. *Universitas Humanística* 56 (2003): 10 – 27.

siglo XIX había desarrollado sus propios intelectuales 'orgánicos', sus propios aparatos administrativos y discursivos. De ahí que la literatura, desigualmente moderna, opere con frecuencia como un discurso encargado de proponer soluciones a enigmas que rebasa los límites convencionales del campo literario institucional". (Ramos: 13).

Volviendo al escritor portugués y sin perder el contexto expresado anteriormente, él demuestra en su literatura esas contradicciones de un mundo racional, teniendo como uno de sus primeros referentes los imaginarios y pensamientos propios del universo campesino, el cual compartió durante su niñez junto con sus abuelos. Ahora, criticar la racionalidad no es negarla.

En la siguiente cita es interesante percibir como Saramago construye historias que responden a intenciones racionales, pero que se desprenden de aquellos conocimientos empíricos que no son aceptados por la rigurosidad canónica del mundo científico.

"Eso me cae muy bien porque yo me veo a mí mismo como alguien que ha intentado, durante toda su vida, hacer las cosas de una manera racional o, mejor dicho, según la razón. La verdad es que soy racionalista y el hecho de que escriba historias que son, en apariencia, todo lo contrario de una razón mecánica o determinada por una ley, no quita que sean algo así como "cuentos filosóficos" en el sentido volteriano, iluminista. En el fondo, a través de refranes, yo siempre estoy introduciendo la sabiduría popular que, como se sabe, es innegablemente un producto racionalista. Tengo el sentimiento de que ese conocimiento empírico es, aunque la ciencia lo refute, un instrumento racional de interpretación de la naturaleza. La introducción de refranes, y a veces como leit-motiv -en Historia del Cerco de Lisboa siempre se está volviendo a un refrán cuyo equivalente sería 'hasta en el mejor paño cae una mancha'-, permite hacer nuevas lecturas de ellos; si hasta ese momento podrían tener una lectura única, o en el mejor de los casos una lectura directa y otra simbólica, al pasar por la trama de la novela y enfrentar una situación concreta, se abre una manera nueva o distinta de entenderlos". (Saramago, citado en Noé Jitrik, 7).

Esa supuesta contradicción entre un autor narrador que se declara racionalista, pero que reconoce que su racionalidad no necesariamente responde a los patrones oficialmente establecidos, responde a la necesidad de un escritor de querer reivindicar, toda la sencillez y complejidad y riqueza que encierra el mundo campesino.

Como el propio escritor lo reconoce, los refranes populares, cargados de una inmensa sabiduría, se constituyen en puntos de referencia a través de los cuales Saramago filosofa sobre el mundo.

Lo anterior se compagina con la intencionalidad de un escritor que considera que su obra debe iluminar – en la cita Saramago expresa que concibe el postulado iluminista volteriano – y que sus novelas encierran un fuerte contenido político, entendiendo que la esfera política no está ligada con partidos, movimientos o tesis, sino con la propia naturaleza del ser humano.

Es oportuno recordar que sobre la palabra nos cuenta satíricamente Saramago, que las palabras no son nuestras, no significa que podamos disponer de ellas, solo la podemos usar para dar sentido, Saramago logra extra ponerse y se ubica humildemente frente al poder de la *Palabra*. “La **palabra** y la **acción** son facultades inherentes a la condición humana, otorgando la doble condición de igualdad y distinción, el **discurso** y el **acto** es lo que permite que el hombre se inserte en el mundo” (Arendt, 200 – 201). Hannah Arendt explica que **discurso** y **acción** es lo que nos estimula a buscar la presencia de los otros, cuya compañía deseamos, pero ese deseo no está condicionado por esos otros, pues es un impulso que:

“... surge del comienzo, que se adentró en el mundo cuando nacimos y al que respondemos comenzando algo nuevo por nuestra propia iniciativa. Actuar, en su sentido más general, significa tomar una iniciativa, comenzar (como indica la palabra griega *archein*, <<comenzar>>, <<conducir>> y finalmente <<gobernar>>), poner algo en movimiento (que es el significado original del *agere* latino). Debido a que son *initium* los recién llegados y principiantes, por virtud del nacimiento, los hombres toman la iniciativa, se aprestan a la acción. (*Initium*) ergo ut esset, creatus est homo, ante quem nullus fuit (<<para que hubiera un comienzo, fue creado el hombre, antes del cual no había nadie>>), dice San Agustín...” (Hannah Arendt, 201).

Discurso y **acción** es lo que nos hace humanos (y nos diferencia de los otros animales), es lo que nos impulsa a buscar a los otros para formar Común-Unidad, es lo que nos constituye como sujetos sociales y políticos. Ahora bien, la **acción** sólo es posible porque cada hombre es único, siendo el **discurso** el que nos permite la distinción y la pluralidad. Somos, entonces, sujetos distintos y únicos, pero sujetos entre iguales. Desde esa perspectiva, se entiende, entre otros aspectos, la comunicación como un diálogo.

Saramago concibe la política desde esa perspectiva, es decir, señalando que por naturaleza seamos sujetos sociales y políticos que debemos incidir en la construcción de nuestro propio devenir. Su literatura, entonces, es un instrumento que busca la reflexión, busca que el lector reconozca a un escritor que tiene una concepción frente al mundo, el sistema social, las instituciones y demás. Por ello los refranes populares, por ejemplo, son una forma para generar esas discusiones que él mismo denomina filosóficas, remitiéndonos de paso a ese mundo campesino que forma parte de sus hábitos socioculturales y literarios.

Sobre su más reciente libro *Memorias (2007)*, él aludió muy altivamente que para escribir sobre las memorias no tuvo que hacer ningún sacrificio, toda esa infancia estaba prendada, y en el mejor de los casos él vivía aún en sus recuerdos de niño.

“En cuanto a mi memoria campesina, debo decirte que el tema es un poco complicado porque si bien yo me fui con mis padres a la ciudad cuando era muy chico hasta los 25 ó 30 años volvía a mi pueblo con frecuencia. En suma, aunque haya vivido en la ciudad mis memorias son las del pueblo. En verdad, son pocas las cosas importantes que recuerdo de la ciudad; lo que me ha alimentado y formado es mi memoria del campo. (Saramago, citado en Noé Jitrik, 8)

No obstante, su memoria es plasmada como fuente de inspiración y así lo demuestra en su último texto; señala que en el tema de la infancia hay categorías que no tienen nada que ver con la realidad, entre ellas está el tema de la Infancia, asumida como la metáfora según la cual se es niño hasta cuando se pierde el espíritu, cuando él mismo pierde su mirada; además expresa que la misma naturaleza interroga al niño, lo cuestiona, lo ayuda a interpretar su mundo. Recuerda nostálgicamente que volvería a vivir cada instante de su infancia tal cual como le tocó, no le cambiaría absolutamente nada, se declara campesino de nacimiento, con sus principios intactos; en su adolescencia también volvería a laborar en el oficio de herrero y por supuesto en su adultez volvería a ser escritor.

“...Con la excepción de unas crónicas que escribí entre 1968 y 1978 -en el fondo lo que hacía con ellas era fijar o cuajar memorias antes de que se transformaran en otra cosa-, cuando escribí *Levantado del suelo*, que es mi única novela campesina, los personajes no fueron la gente de mi pueblo; se trata de otra región, con características muy distintas: está al sur del Tajo, mientras que la mía está al norte. Hay cosas comunes, eso es claro, pero incluso la mentalidad de la gente es muy otra...” (Saramago, citado en Noé Jitrik, 8)

Sobre la escritura, Saramago es más humilde y se cuestiona a toda hora; él expresa que escribe para entender el mundo en que vive y en cuanto a la escritura como tal declara que no sabe hacerlo y que se guía intuitivamente por la jerarquías musicales, como ya se ha reiterado en este estudio, el mismo Saramago; además destaca que:

“...No obstante, además de los datos objetivos que recogí, lo más auténtico y sustancial de lo que se está diciendo sobre el campo, sobre la relación del hombre con la naturaleza, del trabajo, la tierra, la semilla, los animales, viene más bien de lo que la memoria me ha devuelto en el acto de escribir una novela que no era de mis tierras,

ni de mi pueblo, ni de mi gente; se ha alimentado mucho más de esa memoria que de los datos que habría debido recoger si hubiera olvidado mi infancia y hubiera tenido que aprender todo de nuevo. Incluso temas como el de El año de la muerte de Ricardo Reis salen también de mi memoria de ese tiempo. Y cuando se trata de Memorial del convento, situado en el siglo XVIII, es la memoria que yo puedo tener de ese siglo, que no es de hechos sino de lecturas, de reflexiones, de cosas que aprendí cuando niño y me hablaban del siglo XVIII y no sabía muy bien qué era eso. Creo, incluso, que la memoria conserva hasta hoy mucho más de lo que uno cree: cada uno de nosotros no es más que la memoria que tiene y lleva adentro y nada más”. (Saramago, citado en Noé Jitrik, 8).

Ahora bien, cabe recordar que la voz del narrador se confunde con la voz del autor. En ese contexto, las reflexiones que se lanzan a lo largo de su obra expresan el pensamiento crítico de un Saramago que, reitero, no duda en reconocer que su literatura tiene una intencionalidad política y que sus obras no son más que ensayos que encuentra en el género de la novela la mejor forma de representación.

“...no digo nada trascendente!, solo digo que dos y dos son cuatro, nada más. Lo que pasa es que desgraciadamente estamos viviendo en un mundo en que hay una cantidad de personas que quieren convencernos que dos y dos son cinco, o dos y dos son tres. Por lo tanto nos quieren cambiar la realidad o darnos una imagen de esa realidad que no es real. Yo me doy cuenta, sí, que me llegan cartas de Argentina, Méjico, India, Australia o China. Y me sorprende que cosas muy sencillas – desde mi punto de vista – influyan en las personas, lo que me da sentimientos de responsabilidad. Si uno tiene una palabra y se da cuenta que esa palabra tiene eco, una importancia enorme que puede estar cambiando algo – no diré la vida de una persona sino la percepción que esa persona tiene de la sociedad, del mundo, de la historia – tiene que mirar con mucha atención lo que está diciendo. No para ser más prudente, sino para medir el efecto que pueda producir” (Dezzott, 4).

Pero Saramago va más allá y en ocasiones considera que el escritor a través de sus obras se desnuda por completo frente a un lector que conoce de una historia y unos personajes, pero también de un autor que no busca ocultarse. Por esa vía, Saramago considera que establece una relación muy particular con el lector, cuyo vínculo trasciende el ámbito literario:

“... mire usted, ahí tiene un libro que es mío, lo escribí yo y ahí se cuenta una historia, con personajes, situaciones, etcétera; pero, atención, lo más importante no es la historia que se cuenta sino una persona que el libro lleva dentro y esa persona es el autor, soy yo. De ahí, entonces, esa necesidad de expresarlo todo, hasta cosas

que no tienen que ver directamente. A veces pueden tener que ver indirectamente pero, en ese amplio espacio en que te mueves y en el que entra el sistema de asociaciones con que te alimentas y construyes tu relato, lo que está ahí es todo lo que brinda una experiencia vital, antigua, que no es solamente mi experiencia sino mi herencia cultural, mi país, mi cultura, la gente que he conocido, todo lo que, a veces, viene no muy a propósito pero aun así ilumina lo que estoy escribiendo. En suma eso es la desprogramación...” (Saramago, citado en Noé Jitrik, 6)

Saramago es un escritor crítico, polémico, que provoca revuelo en los escenarios en que se presenta. Es un escritor alimentado por la tradición literaria portuguesa – europea (Luis Vaz de Camoens y Fernando Pessoa, especialmente), la escuela de los Anales de Francia (en el sentido de los estudios históricos) y la novela latinoamericana, destacando la obra de Rulfo, Carpentier, García Márquez, Sábato y Onetti.

“... Es lo que me gusta, lo único que puedo hacer y, por lo tanto, se trata de hacerlo lo mejor posible. Es eso, pero con una consecuencia: se constituye una relación muy especial con el lector. Dicho de otro modo, la recepción de un libro que ha sido escrito en estas condiciones es diferente - y eso no tiene que ver con la calidad literaria - y, en mi opinión mejor, más humana, más cálida, más fuerte, más cómplice, con mayor reconocimiento entre humanos, que una escritura más canónica o dogmática o autoritaria, aunque la verdad es que tan autoritaria es una escritura como las otras...” (Saramago, citado en Noé Jitrik, 6).

Finalmente, sus personajes son conciencias narrativas de una época que el escritor percibe como caótica, pero por lo mismo como ventajosa, pues al fin y al cabo todo está por construir. Saramago es un escritor que no tiene concesiones, que se aparta de las reglas que imponen tanto el campo de poder como el campo literario. A pesar que la gran industria editorial lo promueva – en Italia, por ejemplo, sus libros los publica la casa editorial Mondadori, cuyo mayor accionista Silvio Berlusconi – Saramago es un escritor independiente, que no cansará de reclamar la necesidad de “*perder la paciencia*”.

Conclusiones

Estas conclusiones no son definitivas así como las obras del autor en cuestión tampoco lo son; la ideología de izquierda impera en el entorno de las obras y más exactamente en la novela “Ensayo sobre la Ceguera”, de ésta cabe aclarar que el autor tuvo a bien analizar varias instancias que afectan el desarrollo de las mentalidades, como se precisó al final de este trabajo; y en cuanto a la pregunta formulada a comienzos del estudio sobre “***cómo Saramago en su propia lectura de la sociedad moderna, consigue***

reconstruir en la totalidad de su obra una historia en donde la sociedad hace uso de las prácticas culturales, como representación de un mundo en crisis”, se puede intentar concluir, que dado a su facultad de interpretación y a la posible combinación de ambos campos de poder, es decir, la producción literaria surge de su conocimiento previo, adquirido en primera instancia por sus experiencias y por otra parte la intrínseca cosmovisión política que obtiene de lecturas juiciosas Marxistas en su juventud; se señala que su protagonismo como escritor rebosa de júbilo, así como es titular de grandes polémicas ideológicas en torno a conceptos serios como la Fe, la organización y legitimación de Estados Socialistas, como también del fortalecimiento de Estados capitalistas frente a la comercialización salvaje de los mercados, entre otros fenómenos híbridos que se incuban en la matriz de las sociedades modernas.

Saramago como escritor nace de un niño descalzo, en una aldea donde la pobreza no era vista como un problema por él, era visto desde el romanticismo de una época que lo marcaría y sería su musa de inspiración para lograr crear parte de sus obras literarias; así que Saramago logra extrapolar su ideología frente al contenido de la obra en mención y el estudio trata de concluir con su propia voz todo aquello que se archivó y recopiló como fuente de datos. Sin embargo, la real presunción de este estudio fue el de poner a prueba al autor frente a sus campos de poder en contraste a una realidad en la que predomina la crisis social, económica, entre otras.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre. Las Reglas del Arte: génesis y estructura del campo literario. Barcelona: Anagrama. 1995.

Chartier, Roger. El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural. Barcelona: Gedisa. 1995.

Discurso de aceptación del premio ante la academia sueca: José Saramago Premio Nobel de literatura 1998. Disponible en: <http://www.indexnet.santillana.es/escritos/indexnet>

Elkarri, JOSÉ SARAMAGO: El dialogo es indispensable para la propia vida del pueblo vasco. Disponible en:

<http://www.javierortiz.net/Otrasvoces/Saramago.htm>. 24/06/2005

Espinell, Lissett: A Los Cuatro Vientos, Diario la opinión Cúcuta Norte de Santander. Publicado el 14 de julio de 2007.

Flaubert, Gustave. La educación sentimental: historia de un joven. Barcelona: Debolsillo: Random House Mondadori. 2006

Henoa, Restrepo. <<Entre la literatura y la política con Mario Vargas Llosa>>. En: Revista Palabra. Vol. 7. No. 87. Octubre 1. 1999.

Molini Dezotti, Daniel. Entrevista a JOSÉ SARAMAGO. Disponible en: <http://www.adamar.org/oldesign/num0/pag1.htm>. 24/06/2005.

Actas – IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social – IV CILCS – Universidad de La Laguna, diciembre 2012

Noé, Jitrik. Temas de teorías: el trabajo crítico y la crítica literaria. México: Premio. 1987.

Ramos, Julio. Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y Política en el siglo XIX. México: Fondo de Cultura Económico. 1989

Saramago, José. Ensayo sobre la ceguera. Colombia: Alfaguara. 1998

*Artículo producto de tesis de la Maestría en Literatura, Universidad Pontificia Javeriana. (2008)